



## SUSANA.

Un lirio entre las espinas.  
(Cantar de los Cantares, II.)

**L**A castidad tiene sus mártires, y la calumnia tiene sus víctimas. Es hermoso llegar hasta la pureza de los ángeles, á pesar de los ardores y de una fragilidad que ellos no conocen: es glorioso el tener una alma inaccesible al temor, y salvar el honor á riesgo aún de la reputacion, el mas rico de los tesoros despues del de una buena conciencia. Pero vencer al placer y á las amenazas, espirar con todo el mérito de una virtud desconocida, con toda la afrenta de una mancha en apariencia legítima; soportar el peso de una suerte semejante, sin doblarse ni en su interior, ni ante la opinion, esto es el supremo esfuerzo del heroísmo. Y cuando este heroísmo se manifiesta en criaturas sobre las cuales Dios parece haber derramado á manos llenas el encanto de las gracias exteriores y la sensibilidad, como una compensacion y una excusa de la



Viuda e hijos de Arango Editores.

H. Salazar Lit.

SUSANA

flaqueza, estas criaturas encubren con esta mezcla de magnanimidad y de gracia proporciones superiores, que imponen no sé qué afectuosa veneracion.

A la verdad los sucesos no siempre concurren á corregir la sentencia dada por un extravio de justicia, ni á rehabilitar oportunamente en la estimacion pública á los que la calumnia detractora habia cubierto de infamia. Mas con todo, no debe olvidarse que Dios domina la perversidad humana y la pone límites. Los opresores están siempre bajo el poder de su brazo: él los agita por una turbacion secreta, pues la sangre no duerme, como decia un verdugo, y ni aun despues les dá Dios la certeza de una seguridad durable. Y en efecto, á veces se levanta de sus mismas obras una luz imprevista que aclara su trágica oscuridad, y confundidos por este testimonio inesperado de la Providencia, expian su fortuna de un dia por la maldicion de siglos. Esta ley que aterra á los malvados y alienta á los buenos, se halla impresa de un modo particular, y brilla con una claridad extraordinaria en la historia de Susana, ejemplo ilustre de las pruebas que fatigan la virtud y de los triunfos que le están reservados.

En tiempo de la segunda cautividad de los judios, habia en Babilonia un personaje de su nacion llamado Joakim, cuya mujer si era grande en hermosura, era mas grande todavía en la virtud. Pertenecia por su origen á la tribu de Judá, la cual con la prerogativa del mando, habia conservado hasta entónces la pureza de la antigua fé. Llamábase Susana, que significa *lirio*, nombre que se le habia dado en la infancia, á causa sin duda de sus gracias infantiles; pero le mereció despues con doble motivo á causa de la belleza de su alma y del brillo de sus virtudes. Sus padres la habian educado en los sentimientos de la religion y de la justicia; y así ella conservó siempre el temor de Dios y el respeto de su ley santa, frutos dichosos de una buena educacion, preciosas riquezas que son el mejor patrimonio de los hijos, y la mas bella recompensa de los cuidados de sus padres y de sus maestros.

Joakim era muy rico, y le habian conducido á Babilonia en re-

henes algunos años ántes de la catástrofe que abismó toda su nación en los hierros de la esclavitud; pero le habia quedado su fortuna, de la cual se valia para socorrer á sus compañeros en medio de las privaciones del destierro; su casa y sus jardines les estaban siempre abiertos, y aun servian de punto de reunion para administrar la justicia. Porque la política de los vencedores babilonios habia dejado á los vencidos alguna imágen de la patria, y continuaban en rejirse por la ley de Moisés en materias especiales, de las que conocia exclusivamente el tribunal judío. Este tribunal, como en los bellos dias de Israel, se componia de ancianos del pueblo; porque se creia que la experiencia es la luz del consejo, y que la edad, haciendo conocer los hombres y las cosas, enseña á dominar á aquellos y á dirigir á éstas. Pero un año hubo en que se habian nombrado por jueces á dos viejos, que solo se hacian recomendables por una falsa apariencia de sabiduría. Eran de aquellos hombres de quienes Dios dijo en alguna parte: "La iniquidad se ha manifestado en Babilonia; los viejos descarriaban el pueblo en vez de conducirlo." Naturalezas enfermas é ingratas, que habian atravesado la vida y la desgracia sin conocer las lecciones de la una y sin practicar los deberes de la otra.

Aquellos viejos iban con frecuencia á la casa de Joakim, á donde acudian tambien los judíos implicados en algun negocio. Empleábase la mañana en consolar á los afligidos y en juzgar los asuntos contenciosos. Sobre el medio dia retirábase el pueblo, y Susana bajaba al jardin para dar un paseo. Los dos magistrados quedábanse allí algun tiempo despues de salida la multitud, como hombres ocupados de graves intereses, y que ventilaban entre sí con mas detencion de intimidad negocios que en pleno tribunal se discuten con mas reserva y no con tanta minuciosidad. Allí veían ellos á Susana cómo entraba y se paseaba cada dia por el jardin. Olvidaron que la discrecion conviene á todas las edades, pues que es una desconfianza de sí y un respeto á otro. Porque de una parte, solo la muerte pone término á la severa guarda que debemos ejercer sobre nosotros mismos: la vejez, debilitando las

fuerzas tanto para el bien como para el mal, nos sirve de endeble garantía contra la fragilidad original, y la libertad puede á cada momento reanimar con un soplo un incendio que los años adormecen con su curso, pero que no extinguen. De otra parte, toda alma, y sobre todo las almas puras, tienen un derecho en pasar por el mundo sin que se tiendan lazos á su inocencia, como aquellas flores cuya delicadeza de tejido las protege en cierto modo contra la indiscrecion, y que no nos atrevemos á tocarlas por temor de que se marchiten: el hombre noble y generoso ahorra á cuantos le rodean los peligros que pudiera producir para su caída, y les cubre con el manto de su respeto para sustraerlos á su tiranía y á sus apetitos.

Pero no fué tal la conducta de los dos viejos; y así un pronto castigo siguió á su imprudencia. Deslizóse en sus entrañas una violenta pasion, como corre un torrente que ha roto su dique. Trastornado ya el sentido, su mirada se desvió del cielo, como sucede á todos los hombres que temen ser importunados en el crimen por los justos juicios de Dios. ¡Triste y flaca humanidad! Agítase la adolescencia bajo los impulsos de pasiones sensuales, y vuelve á cargarse veinte veces con los grillos que veinte veces ha rompido: el tumulto de los negocios públicos y de los intereses privados no siempre sofoca al oido del hombre maduro la voz de los placeres proscritos, y la vejez, apenas segura de sí misma, espira luchando como un buque medio destrozado que llega al puerto con el soplo de una tempestad. ¡Feliz, pues, aquel que desde el seno de esta prolongada tormenta tiene alzados los ojos hácia Dios, á fin de no perder el conocimiento del peligro ni el valor de la resistencia! Cuando las almas fuertes y sostenidas per el enérgico poder de sus convicciones no siempre afrontan impunemente mares llenos de escollos y famosos por tantos naufragios, ¿qué no han de temer las almas muelles, que no sostienen ni el sentimiento del deber, ni la idea del porvenir?

El contexto de las Sagradas Letras manifiesta claramente que la pasion de estos ancianos envilecidos era una propension sensual

que se desarrolla en la baja atmósfera de las groseras impresiones, y no aquel sentimiento noble, elevado, que nos hace superiores á nosotros mismos, y que en el orden terrestre, aunque no sacia el corazón, es el que mas se acerca á las inspiraciones de la virtud. No hay asunto en que todo el mundo se crea con tanto derecho de ser crítico, como el amor, dice una ilustre escritora de nuestro siglo: esta palabra despierta en cuantos la oyen tantas ideas diversas, cuantas son las impresiones de que son susceptibles. Muchos no han conocido ni el amor á la gloria, ni el espíritu de partido, pero ¿quién hay que no crea haber tenido amor? Mas esta pasión verdadera es la mas rara, porque es la mas destituida de egoismo. El amor es el embeleso de la vida y el encanto de la naturaleza; y como la intensidad de la dicha no guarda proporcion alguna con la incertidumbre, rapidez y caducidad de la fruición, por esto la idea del amor es casi inseparable de la idea de la muerte, y el amor y la muerte se comparan en la fuerza de su actividad. Tratamos ahora del amor pasión, que lleva á la melancolía, que se resiste al gracejo, y que hace pensar en la muerte en sus mas felices instantes. No consideramos, pues, en el amor sino el sentimiento, y éste le hace ser pasión. Y así no hay amor en las obras de agudo ingenio, ni en los festivos caprichos de la fantasía, ni son amor los antojos de la coquetería, ni los atractivos de la belleza, ni los deseos de conquistarla. Es tan raro el penetrar el verdadero amor del corazón, que casi se pudiera decir que los antiguos no han tenido de él una idea completa. Apenas se halla pasaje en que el sentimiento tenga toda su fuerza con entera independencia de los sentidos. Los antiguos habian pintado la ternura filial, la amistad, Oréstes y Pilades, Niobe, la piedad romana, todos los demas afectos del corazón nos fueron transmitidos con los verdaderos sentimientos que los caracterizan: el solo amor se nos ha presentado con los rasgos mas groseros, como inseparable de la voluptuosidad y del frenesí. Este es un cuadro y no un sentimiento: una enfermedad mas bien que una pasión del alma. Lo que en nosotros se llama propiamente amor, dice otro no ménos ilustre

contemporáneo, es un sentimiento del que hasta el nombre ha ignorado la remota antigüedad. Solo en los siglos modernos hemos visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, y esta especie de amor, cuya base moral es la amistad. Aun la misma perfección de este sentimiento se debe al cristianismo, el cual procurando incesantemente purificar el corazón, ha llegado á espiritualizar hasta las mismas inclinaciones, que parecían ménos susceptibles de serlo, y esta pasión moderna, por decirlo así, ha derramado sobre las creaciones del génio bellezas ántes no conocidas." Otro escritor, acomodándose mas al modo con que el comun de los hombres siente esta pasión tempestuosa, y haciendo abstracción del amor, considerado puramente como sentimiento, se expresa así: "El amor que quedó personificado en la mujer como una tentación perenne, es aquel amor que bajó del cielo puro como la inocencia, pero que rozando despues del crímen con un poco de barro inmundo, ha venido á ser uno de aquellos deleites inexplicables que participan del cielo y de la tierra, de lo mas sublime y de lo mas frágil que tiene el hombre."

Por lo demas, los dos viejos quedaron por algun tiempo bajo el imperio de la misma impresión que les preocupaba, sin hacerse, empero, la mútua confesion de su estado. El rubor no les hubiera permitido el hacerse la revelacion de una herida, que si bien está en la condicion humana el recibir, pero era de su deber cicatrizar; porque hasta en su caída conserva el alma algun recuerdo de orden y de grandeza, por donde puede levantarse de nuevo, y escapar á lo ménos del oprobio de un abatimiento continuo. Alimentaban, pues, en secreto su pasión criminal, y cada uno de ellos buscaba ocasion de embestir á Susana en particular. Un día dijo el uno al otro: "Volvamos á casa, porque es la hora de comer." Salen en efecto del jardín, y se separan. Pero esto no era mas que un disimulo, pues muy pronto vuelven y se encuentran. Entónces se hizo indispensable una explicacion, se preguntan y se declaran el motivo que allí vuelve á conducirlos. Desde que esta confidencia hubo hecho caer la única barrera que

podiera aún detenerlos, el crimen quedó decidido. Parten, pues, después de haber resuelto escojer un momento en que Susana se hallaría sola. Hay en el mundo moral un límite que nadie traspasa sin que al momento mismo se sienta arrebatado hácia el mal con todo el peso de su desviada energía, como un cuerpo escapado á la fuerza que le retenia en un sistema, huye hácia espantosas profundidades con una rapidez acelerada por su propio volumen y por la distancia.

Por mucho tiempo buscaron los viejos una circunstancia oportuna, y la descubrieron por fin. ¿Qué no pueden dos voluntades perversas, cuando unen su audacia, que no tienen ya freno, en la ilusión viva de una comun iniquidad? Un día Susana habia entrado en el jardín, segun tenia de costumbre, acompañada de dos de sus doncellas. Los viejos, ocultos á la vista de todos, estaban atisbando todos los pasos de su víctima. Como el calor se hacia sentir, Susana queria bañarse, y dió orden á sus mujeres que le trajesen esencias aromáticas y perfumes, y que se retirasen, después de haber cerrado cuidadosamente las puertas del jardín. Las criadas obedecieron á su señora, y salieron por una puerta secreta que conducia á la casa, sin que ninguna de ellas sospechase que hubiese que temer el menor peligro.

Retiradas ya las doncellas, los prevaricadores dejaron ya el lugar en que estaban escondidos, y no temieron en hacer á Susana culpables proposiciones: probaron desalentar su virtud, y prevenir su resistencia con la amenaza de una venganza tan cobardo como cruel. “Declararémos públicamente, dijeron, que aquí habia un jóven, y que por esto habeis despachado á vuestras criadas.” En verdad, si la adolescencia, devorada por la fiebre de la edad, y descarriada por sentimientos nuevos aún é indisciplinados, viene á sucumbir en la lucha contra sus pasiones, merece la mas severa reprobacion, porque ha libremente hecho traicion á su Dios y á su deber; pero se debe compadecerla, porque de ordinario ha sido combatida por un violento huracan, y puede muy bien resarcir esta solitaria debilidad por las brillantes virtudes de la edad madura.

Pero si el viejo, cerrando el oido á los avisos del sepulcro, abre su corazón á los pensamientos criminales, y haciendo traicion á los mas sagrados deberes, encubre bajo la confianza que inspiran sus canas los vergonzosos designios de un corazón pervertido, ¿qué nombre darémos á esta asquerosa amalgama de perversidad y de decrepitud?

Susana, midiendo toda la gravedad del peligro, arrojó un profundo suspiro, y dijo con tanta discrecion como virtud: “Por todos lados me cercan las angustias; pero si condesciendo á vuestra demanda, será una muerte para mí, y si no lo hago, no me libraré de vuestro furor. Pero vale mas exponerse sin crimen á vuestra venganza, que el cometerle delante de Dios.” Efectivamente, merecer el castigo, abraza la falta y el oprobio; pero sufrirlo no mas, sobre todo cuando no se merece, es simplemente una desgracia, que será en todo caso recompensada en el porvenir. Susana arrojó un fuerte grito clamando socorro. Los viejos, viéndose descubiertos, gritaron tambien á fin de engañar á los que llegasen, y procurarse un medio de acusacion contra su víctima. Y hasta uno de ellos fué á abrir la puerta exterior del jardín, para dar á entender que acababan de entrar, ó mas bien, que el supuesto jóven, que debia figurar en esta fábula, acababa de salir por allá. Los criados de la casa, oyendo los gritos por la parte del jardín, corrieron por la puerta secreta para ver lo que era. Entónces los viles y cobardes viejos levantaron su voz calumniadora, y acusaron á Susana, como lo habian proyectado. Los criados quedaron avergonzados y confusos, porque apreciaban á su señora, y nunca jamás habian oido decir de ella una cosa semejante; pues no solamente era pura la vida de Susana, sino que era pura su reputacion, gozando de aquella integridad, que es como el natural esmalte y la recompensa terrestre de la virtud.

El día siguiente el pueblo se reunió como de costumbre en la casa de Joakim, y vinieron tambien allí los viejos, decididos á entablar acusacion formal contra la noble matrona que habia osado resistir á sus sugerencias infames. Dijeron, pues, en presencia del

pueblo: "Enviése á llamar á Susana, hija de Heleías, mujer de Joakim." Temian sin duda que los retardos no viniesen á alumbrar el misterio de su tenebrosa malicia. Presentase, pues, Susana, acompañada de sus padres é hijos y de todos sus parientes. Estos y cuantos la tenían conocida, no podían creer su culpabilidad, y derramaban amargas lágrimas. Susana, tan modesta como bella, habia cubierto su faz con un velo; pero los injuriosos viejos se lo hicieron quitar, bien sea para que el rubor de su modestia apareciese como una convicción de su delito, ó bien para cebar en su hermosura los ávidos y criminales ojos. Y levantándose despues en medio de la asamblea, extendieron sus manos sobre la cabeza de Susana, pues de este modo los denunciadores debían prestar el juramento y atestiguar su veracidad en las causas capitales. La acusada alzó llorando sus miradas hácia el cielo, testimonio incorruptible de la inocencia, y última esperanza de la virtud desgraciada.

Entónces los dos perjuros refirieron la vergonzosa fábula que habían imaginado. "Paseándonos solos por el jardín de Joakim, dijeron, entró en él Susana con dos mujeres que despachó luego, dándoles la orden de cerrar las puertas. Tranquilos nosotros y retirados, nada podía hacer sospechar nuestra presencia; pero de repente se dejó ver un jóven hasta entónces oculto, de lo cual se indignó nuestra virtud. Quisimos cojer al culpable, pero jóven y mas robusto que nosotros, se escapó de nuestras manos fácilmente, abrió la puerta exterior y tomó la fuga. Pudimos sí cojer á Susana, pero no quiso nombrar á su cómplice. De este suceso somos nosotros testigos. En suma, ella es adúltera, y debe morir." Tales fueron la deposición y el dictámen fiscal de los dos viejos, que hicieron á la sazón el papel de acusadores, de testigos y de jueces. Esto era contrario á las reglas de la mas vulgar equidad, y era particularmente contrario á las disposiciones de la legislación judía, que daba al acusado una porción de garantías contra el peligro de los falsos testimonios. Así que, los viejos hubieran debido parecer sucesivamente y no á la vez, á fin de que sus deposicio-

nes respectivas sobre las diversas circunstancias del crimen, pudiesen tener un contrapeso eficaz, y por consiguiente un valor real. Además, el temor de la lentitud en el castigo, que hace sufrir tan horriblemente á los culpados, tampoco autorizaba en este caso á proceder con una precipitación que privaba de buscar y descubrir el cómplice, y de carearle con los acusadores y con el acusado. Por fin, aunque la situación de pueblo desterrado pusiese algunas trabas á la marcha acostumbrada de la justicia, ¿acaso la desgracia no tiene tambien sus derechos, y las formalidades no podían hallar un suplemento en la compasión?

Mas la opinion de la asamblea cedió sin duda ante la consideración que le merecían unos hombres graves, que pedían justicia en nombre de la moral ultrajada. Creyóse en un testimonio dado por ancianos y por jueces: porque entre los israelitas, aun mas que en los otros pueblos de la antigüedad, la vejez imponía un absoluto respeto, y la fuerza y la actividad de la juventud se inclinaban ante la experiencia y la majestad de las canas. Y cómo pensar, de otra parte, que en la acusación intentada por aquellos dos hombres, hubiese un cruel abuso de un ministerio público y sagrado, una cobarde venganza de la iniquidad burlada? En consecuencia declaróse á Susana culpable, y fué condenada á muerte. Ya se conoce con qué rigor las leyes hebreas velaban sobre el respeto del lazo conyugal y sobre la pureza de las familias.

Susana no supo encontrar una prueba mayor de su inocencia que callar delante de los hombres; porque hay acusaciones que desconciertan la virtud, y que ésta no sabe repeler sino por el silencio; la voz tiene su pudor, y el silencio su expresión. Pero al mismo tiempo aquella amable y suavísima víctima de la calumnia invocaba á Dios, á quien puede hablar siempre la mas casta y candorosa timidez. Y dijo: "Dios eterno, vos que penetrais en lo mas oculto de los hechos, y á quien están patentes todas las cosas, antes aún de suceder, vos sabeis que estos hombres han levantado contra mí un testimonio falso, y ved ahí que muero sin haber he-

cho nada de lo que maliciosamente se me imputa." Escuchó el Señor esta súplica, que partía de unos labios puros, y de un corazón lleno de confianza, y socorrió al oprimido.

Un joven, nombrado Daniel, fué el instrumento de que se valió la Providencia. Hallábase interiormente movido por una divina y profética luz que le dió á conocer la calumnia, y los medios de burlarla. Exclamó, pues, delante de todos: "Inocente seré yo de esta sangre que va á derramarse." Y todo el pueblo se dirigió entonces hácia él, y le dijo: "¿Qué significa esta palabra que acabas de pronunciar?" Y añadió Daniel desde en medio de la multitud: "¿Tan insensatos sois, oh hijos de Israel, que sin examen ni forma de juicio, sin conocer la verdad del hecho, condenais á una hija de Israel? Volved al tribunal, porque éstos han dicho contra ella un testimonio falso." Retrocedió, en efecto, á toda prisa el pueblo, ó porque Daniel, versado en todas las ciencias de los caldeos, gozaba ya de una grande autoridad entre sus compatriotas, ó ya mas bien porque descubriesen en él alguna señal extraordinaria, como cuando la multitud, por instinto providencial, adivina y saluda en los grandes peligros al hombre de génio que envia Dios para conjurarlos y vencerlos. Por su parte los ancianos dijeron á Daniel. "Ven y siéntate en medio de nosotros, é instruyémos, porque Dios te ha concedido la misma honra que á los ancianos." ¿Pretendian ellos desafiar, ó doblegar al joven magistrado? ¿Era aquello una ironía, ó una tímida adulacion?

Sea como fuere, Daniel dijo á la asamblea: "Separad estos dos el uno del otro, y yo los examinaré." Y despues de separados, dirigiéndose al primero: "Hombre envejecido en la maldad, le dijo el profeta, hoy van á quedar patentes y castigadas las iniquidades que hasta aquí has cometido, pronunciando injustas sentencias, oprimiendo á los inocentes y librando á los malvados, á pesar que el Señor tiene dicho: *No harás morir al inocente ni al justo.* Ahora, pues, si esta mujer es criminal, ¿debajo qué árbol le viste hablar con su cómplice?" Y respondió el viejo: "Bajo de un lentisco." "Pues bien, replicó el inspirado juez, tu mentira

recaerá sobre tu cabeza, porque el ángel ejecutor de los decretos divinos, te partirá de por medio." Es muy de admirar, sin duda, que el viejo no comprendiese á qué objeto se dirigia una pregunta tan precisa, ó que no supiese dar á ella una respuesta evasiva. Pero parece verdaderamente que los desórdenes de la voluntad tienen su eco en la inteligencia, y que la sabiduría del espíritu abandona á los que han consentido en perder la sabiduría del corazón, permitiéndolo así Dios algunas veces para detener el curso insolente de una prosperidad viciosa.

El segundo viejo vino despues á sufrir su interrogatorio. Díjole Daniel: "Raza de Canaan y no de Judá, la belleza te ha fascinado, y la pasión turbó y pervirtió tu espíritu. Así es como te portabas con las hijas de Israel, las cuales por miedo condescendian con tus deseos; pero esta hija de Judá no ha sufrido tu insulto. Dime, pues, ahora, ¿bajo qué árbol la viste hablar con su cómplice?" "Bajo una encina," respondió el viejo igualmente poseído del mismo vértigo. "Pues bien, repuso Daniel, tu mentira caerá del mismo modo sobre tu cabeza: el ángel del Señor te está esperando con la espada en la mano para despedazarte, y haceros morir á entrambos."

A vista, pues, de una contradicción tan palpable, la asamblea entera arrojó un grito de indignación, y bendijo al Señor, en el cual los afligidos jamás confían en vano. Todos á la vez se levantaron contra los viejos infames que Daniel acababa de convencer por su propia boca, y siguiendo la ley de Moisés, se les hizo sufrir la pena que ellos habian hecho caer sobre la cabeza de Susana: fueron, pues, apedreados. La gloria de la inocencia, un momento cubierta por la calumnia, recobró su natural esplendor. Helcías, Joakim y todos sus amigos dieron gracias al cielo, no tanto por haberse salvado la vida de Susana, como por haber quedado intachable su virtud; pues una cosa hay mas grata que la familia, y mas querida que la existencia, y es el honor.

La penetración que Daniel habia manifestado en el proceso de Susana, le dió un grande crédito entre el pueblo, así como sus be-

Las calidades le habian grangeado la estimacion y el afecto del rey de Babilonia. Además, la Escritura santa encomia por una rara y gloriosa distincion su santidad y su sabiduría. Tuvo el don de profecía, ante sus ojos se rasgó el velo del porvenir: describió en sus raptos proféticos los destinos de las monarquías que debian preceder el reino universal de Cristo, la marcha rápida de Alejandro, la muerte precipitada del conquistador, y la reparticion de sus estados. Refirió anticipadamente las guerras de los reyes de Egipto y de Siria, sus alianzas seguidas de rompimientos, y sus reconciliaciones envueltas en artificios. Sufrió en defensa de las leyes religiosas de su patria, fué expuesto al furor de los leones famélicos, que se amansaron delante de él, y su nombre ha quedado grande en la memoria de todos los pueblos cristianos.

Muchos pintores han tratado el asunto de Susana sorprendida en el baño por los viejos, pero con mas ó menos decencia en la ejecucion, que no puede aprobarse bajo el punto de vista moral, por la intencion que en ella se descubre, aunque de otra parte merezca á veces ser alabado bajo el respecto artístico. Con mas frecuencia se ha reproducido el episodio de Susana justificada, asunto mucho mas elevado, y que se presta tambien mucho mas á la grandiosidad de la composicion; como se dió á los discípulos que concurrieron al grande premio de Roma en 1791. El premio fué ganado por J. Reattu de Arles; su cuadro hizo sensacion, y ha quedado como uno de los bellos de la coleccion de grandes premios de Roma, y se vé tambien en la escuela de Bellas Artes de Paris. Lástima que no sean bastante conocidas las composiciones de Reattu, que puede mirarse como uno de los mas hábiles compositores de la escuela moderna.

